

Uno: Guinea Bissau, un país amable

Nos recibieron con amabilidad y una sonrisa. El policía que expedía la visa nos contó lo que le gustaba España en un castellano más que correcto. “Me formé en Ávila”, nos dice. “Siéntense”, insiste tras hacernos pasar a su despacho destartado y afable. Esa noche, un par de horas después, estamos en el Centro Cultural de la Embajada Portuguesa. Un grupo de músicos (tambores y danzas) presentan los ritmos propios del país. Las sonrisas, los pies veloces y juguetones, el atronador y veloz ritmo de las manos sobre la piel de cabra se meten dentro. Guinea Bissau nos recibe con una sonrisa amable.

Amabilidad en el hotel, amabilidad en las calles, amabilidad de Javier, que por tercer año consecutivo es ECCA Bissau –estamos en el décimo año de una presencia que nació en colaboración triangular: ECCA, Cabo Verde, Bissau-. Coordina un equipo de en torno a treinta personas que, en colaboración con el Ministerio de Educación, imparte el curso “Salud y seguridad alimentaria”. En sábado tenemos nuestro primer encuentro con las alumnas (digo alumnas que son el 99,9% de las mil cuarenta personas que lo han llevado adelante). Estamos en una tamanca (Masoa) distante unas dos horas por carretera de Bissau –la capital-. En la zona trabajamos en tres tamancas, en total 135 mujeres, con dos coordinadoras y un coordinador. La tamanca en la que estamos tiene una especie de aula de paredes abiertas donde se han reunido las alumnas para recibir su diploma. Rostros cansados después de un día pesado (¡y una vida pesada!). “Trabajo duro, calor, parasitosis, alimentación débil”, nos dirá esa noche un cooperante español con el que cenamos; y concluye: “No es fácil arrancar una sonrisa a una mujer de las tamancas”. Es cierto, un aire de tristeza cansada asoma a sus rostros que, incluso así, desprenden amabilidad. Durante la ceremonia agradecemos su paciencia (nuestro coche se estropeó y llegamos con dos horas largas de retraso) y su dedicación (el 100% de las que comenzaron acaban el curso). Junto al local, juegan los chicos un partido de fútbol. Un poco más allá, junto a una bomba manual de agua, haciendo un duro trabajo, están las niñas.

“Soy Fula, musulmán, mi primera lengua es la local; pero aprendí criollo en las calles. En la escuela inglés. Con Marga aprendí el español. Ahora soy profesor de inglés y de español”, comenta Ibrahim (su nombre, en criol, suena algo así como Brahima), uno de nuestros coordinadores. En el coche de vuelta Álvaro –el contable del proyecto- nos dice: “Aquí trabajamos juntos, nos divertimos juntos; por eso los musulmanes de otros lugares no ven con buenos ojos a los de este país, porque se juntan con nosotros”. En un aparte, Brahima nos insiste: “Sería muy importante alfabetizar. Las mujeres quieren. Nosotros queremos –lo dice por los monitores-. Hace mucha falta”. Antes de salir de la tamanca, paramos en casa de las Hermanas. “¿Un jesuita en Bissau?” Pregunta irónica María, la única que está en la comunidad. Nos hace pasar. Es italiana. Del Veneto. Lleva treinta años en Guinea-Bissau. Reconoce a uno de nuestros coordinadores por su presencia en la parroquia y a una monitora a la que entrega unas medicinas para la mamá. Nos cuenta su trabajo: “Nuestra evangelización está en la formación, la escuela, el apoyo agrícola, la salud de las mujeres”. Le contamos el nuestro; nos escucha atenta. Su comunidad, hoy dispersa, la forman otras tres hermanas: dos de la India, otra italiana y ella. Son Misioneras de la Inmaculada: “De vez en cuando viene algún jesuita por el país, para cosas de formación y espiritualidad a la vida religiosa. El obispo anda buscando alguno”, me dice sonriente. Aceptamos el agua fresca que nos ofrece. Está rica. “A mí, las hermanas en África, me parecen guerreras”, comenta Javier cuando dejamos el puesto de retorno ya a Bissau –habla por experiencia de este país y varios otros-. Nos quedamos también con la hospitalidad y el aire de amabilidad que se respira en su casa.

La oración de la noche es agradecida.

Dos: un domingo con heridas

Acabamos un domingo de conversaciones. El objetivo de poder impartir alfabetización con sistema ECCA en Bissau parece razonable. No ignoramos las dificultades. La primera: la financiación. Hay otras que debemos ir abordando poco a poco. El viaje hasta Cacheu, en el norte, nos lleva en dos horas de arboleda y tabancas hasta la historia vergonzosa de la esclavitud. Antes, a la salida de misa, conversación breve con Fabiano, responsable de misioneros italianos en el país. “Lo de la colaboración con la radio católica podría ser conveniente”, nos dice. Hemos puesto en agenda tratar de encontrarnos con el obispo o con su auxiliar; parece muy difícil porque están fuera de la ciudad.. Álvaro conduce por un asfalto suficiente, estrecho, con deterioro. Nos llevamos los sonidos de la misa dominical: cantos, una homilía que invita a tocar las heridas, una comunidad que da cuenta de su actividad. Por el camino, más explicaciones sobre el “cajú” (el fruto del que se obtiene el anacardo), sobre una economía que sitúa a Guinea-Bissau en el puesto 178 en el Índice de Desarrollo Humano. “Todos”, responde Álvaro. “¿Qué van a querer hacer aquí?” Insiste. Le hemos preguntado por el deseo de emigración. Desde las zonas rurales hacia Bissau, desde la capital hacia otros países, hacia Europa. Sueñan con irse. Delante tenemos la ría de Cacheu. Han sido dos horas de conducción y estamos ante el primer asentamiento histórico de los portugueses. La ría tiene sus orillas -apenas visible la del otro lado- pobladas de manglares. Niños y niñas se bañan en un pequeño espigón portuario donde permanecen amarradas dos o tres embarcaciones. En un aparte vemos el desembarco de unos pescadores junto a la antigua y pequeña fortaleza que defendía el puesto. Un grupo de hombres vacía con machetes un tronco enorme que tiene ya la forma de un cayuco. Desde aquí han salido miles de esclavos negros. Un museo de los horrores da cuenta con paneles y objetos de tanta tragedia, de tanto dolor. Aquella trata estuvo viva hasta mitad del siglo XIX. Hoy la migración es la salida natural de una población joven sin muchas expectativas en el país. En Cacheu nos acercamos a la casa de unas hermanas Franciscanas de Aparecida, brasileñas. “Francisco es más franciscano que jesuita”, nos dicen entre risas. Nos hablan de su labor: alimentación, salud, educación, formación, acompañamiento. Nos muestran sus instalaciones. Javier conversa sobre Pedro, un cooperante amigo que aprendió con las hermanas muchas cosas de alimentación con productos locales. Junto a un vaso de agua nos hacen probar una semilla que nos deja la boca con un sabor entre amargo y ciruela que perdurará todo el día. Antes de dejarlas nos invitan a conocer su capilla. Ya es de noche, estamos de vuelta en Bissau. Continúan las conversaciones: después de diez años, la alfabetización desafío recurrente. En el camino de vuelta hemos venido escuchando música de Juan Luis Guerra.

Tres: el sueño de alfabetizar

“Estoy enfadada porque no me enviaron a la escuela”, traduce Javier la expresión vehemente de una de las alumnas del proyecto. Esta tarde hemos recorrido algunos de los barrios en los que trabajamos en Bissau: Sao Paulo y Afia. Nos esperaban las alumnas. La amabilidad ha presidido todos los encuentros. Por eso, la posición un tanto airada de quien muestra el enfado por no haber sido enviada a la escuela resalta. Pero es que la “alfabetización” ha vuelto a ser, durante el día, objeto de conversación en diversos momentos. La mañana nos lleva a la sede de la Dirección General de Alfabetización. Nos recibió Doña Francisca -luchadora, veterana, entrañable-, la directora. “Sería importante. Ahora mismo no tenemos proyectos de alfabetización. La última vez que pudimos trabajar fue hace unos años con un proyecto de Japón”, nos dice durante la reunión. Antes hemos hablado con ella sobre los diez años de programa. Más tarde, en la sobremesa, nos comenta algunas de las dificultades políticas que atraviesa el país: “El presidente debe nombrar un nuevo primer ministro y no es fácil. Porque un partido no aceptará que sea de otro partido”. Precisamente nos presenta a dos miembros del Gobierno que están en el mismo restaurante: Energía y Pesca. La amabilidad de todo el mundo sigue siendo característica de nuestra estancia. La evaluación, en las que participan todas las personas encargadas de monitorizar los grupos y también de coordinar las zonas, nos lleva sobre los principales desafíos: el uso de la radio, los esquemas, sus novedades, las prácticas. Se evalúan positivamente y se señalan nuevas



propuestas: trabajar más en la línea de nutrición infantil y del cuidado del agua (cómo proteger los pozos). A la tarde, ya en los barrios, entre las chabolas, nos hablan de las compotas de tomate, nos muestran los huertos que tratan de escapar de los cerdos, cabras y gallinas que pululan por las calles: el caucho de unas ruedas de automóviles, colocadas en alto, se llenan de tierra y se aíslan de los animales; una señora ha vallado un pequeño espacio con cañas y ramas y dentro cultiva un perezil del que presume. Las letrinas comunitarias son también objeto de prácticas y formación. Javier, nuestro coordinador, nos va presentando en todos los grupos. “Queremos aprender las letras. Que no se acabe la formación”, nos repiten las alumnas allí por donde pasamos. Hoy también nos hemos preguntado, sin respuesta clara, cómo incorporar más a los hombres de las comunidades en los procesos formativos. Valdir, un coordinador, relata: “Marga decía: primera prioridad las mujeres, segunda prioridad las mujeres, tercera prioridad las mujeres”. Ellas son las que nos reciben en los barrios, ellas son las que nos hablan de la formación. “A los hombres hay que crucificarlos”, nos traduce Álvaro, que sonrío bromista, ante la contundencia de una de las mujeres, cansada de la desaparición de los maridos. “Necesitamos un trabajo para poder tener dinero”, nos dice otra que recuerda en público que su marido se gasta para él todo lo que gana. Por cierto, al acabar la entrega de diplomas a los miembros del equipo, recordamos a Marga, ya jubilada, que tanto ha tenido que ver con el proyecto. Llevamos diez años en Guinea Bissau. El martes entregamos los diplomas de la sexta promoción del curso actual: “Salud y seguridad alimentaria”. Nos encontraremos con las autoridades y tendremos nuestra fiesta.

Cuatro: tambores de amabilidad

Perduran las imágenes de las mujeres con los diplomas en sus manos, ya escribimos estas últimas líneas, desde Dakar. Amanecemos volando desde Bissau. Javier y Álvaro nos llevaron al aeropuerto. Atravesamos la ciudad en un momento dada la ausencia de tráfico. El silencio domina. Álvaro, siempre musical en el coche, no ha puesto hoy ninguna banda sonora al momento. Junto a las maletas van otros sonidos: los aplausos, las bullas alegres, las palabras agradecidas, y los mil requerimientos para una foto en este momento de cierre. Cerca de un millar de personas en la parroquia de San Francisco, en el barrio de Antula. Cuando llegamos se están resolviendo los últimos temas de logística (el agua, los lugares para sentarse, la llegada del grupo de tambores y baile). Está presente la tele. Llega la Directora General de Enseñanza Primaria y Secundaria, Alana, una joven formada en Brasil (Universidad Católica de Bello Horizonte) que trae la representación del Ministerio. Acompaña a Doña Francisca, nuestra referente durante todos estos años, que micro en mano, arenga a las alumnas y anima la fiesta previa al acto más formal. “No hay muchos recursos”, señala Alana. Doña Francisca lo subraya: “Es lo que decía. Sólo se pagan los salarios. No hay para mantenimiento, para innovación, para mejoras en las escuelas, en los edificios”. Preguntamos sobre la escolarización: “Las niñas van menos o se retiran antes”, afirma Alana. “Sobre todo las de etnias musulmanas. Se está trabajando y hay buena respuesta. Pero queda mucho”. El desafío de la alfabetización se mantiene. Ya con la mesa presidencial constituida, van hablando representantes de las alumnas, de nuestro equipo. “Cuando mi niño tuvo diarrea, le di el suero que habíamos aprendido en el curso y, como nos había enseñado el propio material, lo llevé al hospital. Al llegar, el personal me felicitó sorprendida la enfermera porque el niño no estaba deshidratado: aprendí a hacer el suero en el curso de Salud y Seguridad Alimentaria, le dije”. Quien así habla es una alumna. Lo hace frente a todas las participantes en el evento de cierre. Arranca un aplauso. Tras la entrega personalizada a un grupo de los diplomas, las palabras oficiales de cierre y la fiesta: los tambores y las danzas que interpreta el Ballet Nacional y Tradicional de Guinea Bissau y al que finalmente se incorporan las propias mujeres del proyecto. Acaba el evento con la degustación de algunos de los platos preparados, de acuerdo a las enseñanzas del curso, por las mujeres participantes. En un aparte, conversamos con el P. George: en su parroquia, unas ciento cincuenta mujeres han hecho el curso. “Católicas y musulmanas”, nos dice. “Sin ningún problema”, subraya. Esa tarde noche hacemos las maletas. Ahora, ya de retorno, la imagen de un país amable.

